

“La vida es mágica”

Con una existencia consagrada al arte, el maestro Carmelo Sobrino cumple hoy 60 años y recibe desde Suiza el regalo de su propia imagen en Puerta de Tierra.



suministrada / Lisa Ladner

La fotógrafa Lisa Ladner nos envía desde Suiza la composición fotográfica que acompaña estas líneas, con imágenes de Carmelo Sobrino como una suerte de “homenaje pintado con luz”.

Por Mario Alegre Barrios / malegre@elnuevodia.com

La primera vez que conversamos fue en el verano de 1991, en la desaparecida Galería Domenech, con el pretexto de una exposición que habría de inaugurar en ese espacio luego de un viaje a Nueva York. En aquellos días, Carmelo Sobrino regresaba de aquella ciudad cargado de las multitudes que pronto poblaron sus telas. Volvía también inundado de nostalgia por su tierra, abrumado por la gran metrópolis y con la inequívoca certeza de que su lugar estaba en Puerto Rico, en su Isla, de cara al mar.

Poco después Carmelo hizo de Puerta de Tierra su morada. Ahí, a unos pasos del Atlántico, estableció su hogar y también su taller, siempre cerca de La Imperial, donde ha visto la vida pasar, alcanzarlo, seducirlo, inspirarlo, donde ha producido lo mejor de su obra y donde también hoy -justamente hoy- cumple 60 años, razón más que suficiente para este sencillo tributo concebido por la fotógrafa Lisa Ladner, quien hace unos días nos envió desde Suiza la composición fotográfica que acompaña estas líneas, con imágenes que capturó precisamente en el taller del artista, como una suerte de “homenaje pintado con luz”.

Durante los últimos 17 años las conversaciones con este hacedor han sido varias, a veces con la excusa de una exhibición, en ocasiones sin otra razón que la charla misma, diálogos siempre exentos de la retórica a la que otros artistas son tan proclives y en los que la enorme dimensión de Carmelo como creador apenas manifiesta algún destello detrás de la tímida sencillez de su verbo.

Al desandar el camino hacia esas conversaciones fraguadas en las convergencias de nuestros respectivos oficios, algunas de sus reflexiones nos hacen un guiño a la distancia, como la experiencia que devino en aquella exposición de 1991, cuando en las “entrañas de las calles de Nueva York conoció el otro aspecto de la muchedumbre y vio su rostro frío, de facciones fugaces y sonrisas ausentes” que lo llevaron a plasmar en el lienzo esa selva cosmopolita.

Dos años después -en 1993- fue en la también desaparecida galería Eldorado, en El Condado, donde volvimos a charlar con la excusa de una nueva exposición. Espacio crítico se tituló la muestra y en ella había una síntesis de la experiencia en la llamada "Gran Manzana. "Regresé porque, con el tiempo, la vida allá se puede volver muy difícil para un artista que no goce de una solvencia económica razonable", explicó. "Además, me hacía mucha falta el contacto con mi tierra y mi gente... ahora tengo un taller en Puerta de Tierra, en los altos de la esquina de la Ponce de León y la Pelayo".

En ese entonces el fallecimiento de su madre se acababa de unir a otras crisis existenciales, realidad en la que el arte se convirtió en su mejor asidero. "Con los años uno se va dando cuenta de que la vocación no tiene sustitutos", reflexionaba entonces. "Si en las épocas buenas uno comparte las alegrías con el placer que produce crear, en los periodos menos afortunados se encuentran poderosas razones para sumergirse en la pasión del arte... es algo así como afianzarse a un sólido andamiaje en medio de la zozobra".

En 1994, la estación fue otra galería que ya no existe: Corinne Timsit, en la calle San José del Viejo San Juan. "Desde hace algunos meses me he dedicado a pintar cosas muy primitivas que de alguna manera recogen aspectos que he abordado en diversas épocas de mi vida", explicó en esa coyuntura. "Mi propuesta sigue teniendo el elemento de situación cotidiana que he elaborado a través de mis multitudes urbanas y los elementos del entorno que inciden en ellas... en estas pinturas los conceptos son variaciones de temas que he abordado anteriormente. Sin embargo, es en las texturas donde se manifiesta esa transformación, como si quisiera encontrar algo dentro del poro de la pintura y meterme debajo de su epidermis".

Varios encuentros casuales se sucedieron que nos llevaron hasta el 2004, en el marco de la ambiciosa exposición Horizontes y musarañas que Carmelo tuvo en el Museo de Arte de Ponce. "Hay un momento en la adultez en el que terminas por ubicarte y empiezas a resolver algunos de los misterios de tu identidad", comentó en esa ocasión. "Soy artista desde niño y pronto comencé a ganarme la vida como rotulista en Manatí, mi pueblo. También hice caligrafía y con el arte he sobrevivido y criado a mis hijos. Encuentro en mi oficio los recursos para mantener vivo al niño que llevo dentro, así como la curiosidad y la capacidad de asombro. Trato de ver el mundo un poco como turista. Sé que a veces es difícil, pero se trata de ver el mundo con gratitud, de buscar la belleza. Siento que la vida es mágica, con sus alegrías y sus celebraciones, con sus lágrimas y sus duelos".

Quizás esta reflexión explique cabalmente el espíritu que alienta este sencillo tributo a Carmelo en el día en el que lo alcanza el cumpleaños número 60.

No, Carmelo, no hay otra razón, sólo el deseo compartido con Lisa Ladner -y seguramente con infinidad de amigos, colegas y discípulos tuyos- de solidarizarnos con la idea de que, efectivamente, "la vida siempre es mágica, con sus alegrías y sus celebraciones, con sus lágrimas y sus duelos". ¡Salud y felicidades!